

VICTORIA OCAMPOLA VIDA COMO DRAMA

Prestigiosos pensadores de las letras, artes, filosofía, ciencias afirman que el siglo XX será uno de los más difíciles de estudiar, por la permanente aceleración de sus profundos cambios, por sus propias contradicciones, por sus luces y sus sombras. Más que en otras épocas, el hombre contemporáneo busca afanosamente, referentes en quien mirarse. Experimenta la necesidad de verse reflejado en modelos que iluminen su acción y su vocación. Sin embargo, las vidas de personas que se destacan, no siempre son revelaciones plenas, sino testimonios confusos que requieren alguien que desentrañe su significado. Quizá por esto, hoy en día han cobrado auge la publicación de las biografías y las autobiografías, claros intentos de búsqueda del significado de esas vidas.

Muchas de estas vidas se manifiestan al lector como dramas y, en ocasiones, como laberintos sin salida. Drama en un doble sentido, el de acción y drama en el sentido trágico del término. Toda vida es acción, movimiento a la plenitud del ser que cada uno es capaz de lograr. Pensar, querer, aprender, amar, sentir, enseñar... son todas acciones vitales que enriquecen a la vez que forman a la persona. En toda vida, además de alegrías y felicidad hay sufrimientos: separación, pérdidas, injusticias, carencias, fracasos... que pueden convertirse en algo angustiante según sea la por la actitud que se adopte ante ellos. Nosotros hoy, hemos de mirar la vida de Victoria Ocampo como espejo en el que asoma un drama interior irresuelto con ánimo de esclarecerlo.

La imagen del espejo que se nos propone en este seminario como punto de referencia para nuestras ponencias, abre un ámbito apto para el planteo de

las preguntas fundamentales de la existencia humana. El espejo ofrece una riqueza de acepciones. Dentro de la cultura occidental, *speculum* ha generado fundamentalmente el término *especulación*: originariamente *especlar* era observar, con ayuda de un espejo, el cielo y los movimientos relativos de las estrellas.

Igualmente, *sidus* (astro) ha dado lugar a *consideración*, que, etimológicamente, significa el acto de mirar el conjunto de las estrellas.

Estas dos palabras, *speculum* y *sidus*, son soporte de un simbolismo que aporta una gran carga de contenido con relación al conocimiento.

El símbolo del espejo es pues sumamente rico para nuestro propósito, y ha sido utilizado de muchas formas por diversos autores e investigadores, y abordado desde diversas perspectivas. Para María Zambrano¹, filósofa española, el espejo es una forma de mirar a los demás para confrontar la propia vida y descubrir, en uno mismo, algo que antes no se veía de no haberse mirado allí, o al menos no se veía con tanta nitidez. La mirada se convierte así en instrumento de revelación. Para Karl Weintraub², hay otra forma de mirar a alguien: como modelo que concentra un conjunto de valores, los cuales se constituyen en referentes para la propia persona y son un ideal a alcanzar. Mientras que en el primer caso el espejo es una confrontación, en el segundo es estímulo a la imitación. Nosotros hoy queremos mirar la figura de Victoria Ocampo en el primer sentido.

Es importante destacar que la misma Victoria Ocampo en reiteradas oportunidades a lo largo de su extensa obra escrita echó mano del símbolo del espejo y asimismo solía aplicar dicho simbolismo a los libros.

¹ Zambrano, María. *El hombre y lo divino*. Madrid, Siruela, 1992, p. 259.

Para VO, figura que ha trascendido por la creación y dirección de la revista *Sur* y por sus textos testimoniales y autobiográficos, un libro es un "espejo maravilloso" donde "no solo se contempla el reflejo del propio rostro sino de todo lo que ocurre a nuestras espaldas"³.

En Victoria Ocampo la mirada especular es, muchas veces, un descubrimiento, con diferentes grados de profundidad, de lo existente y aún no percibido, lo que está oculto o escondido a la propia mirada. En este sentido, el espejo es un amplificador del campo visual de su mundo interior. Para la escritora argentina, la lectura es, entre otras cosas, un proceso de búsqueda de aquello que constituye lo más íntimo y al mismo tiempo lo más oscuro: el propio yo.

En reiteradas ocasiones Victoria Ocampo, manifiesta que su vocación primera fue el teatro, sin embargo, en su producción literaria apenas incursionó en este género. *Habla el algarrobo*, escenificación para luz y sonido, y *La Laguna de los nenúfares*, fábula escénica en doce cuadros, son piezas únicamente conocidas por un público muy especializado.

En su *Autobiografía*, escrita en seis volúmenes, afirma que escribe para *exorcisarse, autoclarificarse, justificarse, hacerse perdonar la vida*. Llega a decir que su texto se parece a una *confesión* y que mediante él intenta resolver los enigmas que la atormentarán hasta el final de la vida. Todas las expresiones de las que se vale hacen referencia a un drama de conciencia y la escritura aparece como un camino de liberación. A lo largo de todo el texto autobiográfico se percibe un esfuerzo denodado por dirigirse al fondo de su conciencia, allí donde se da el padecer, el sentir, el querer, el desear, el decidir,

² Weintraub, Karl. "Autobiografía y conciencia histórica" en *La autobiografía y sus problemas teóricos*, Barcelona, Antrophos, 1991, Suplemento n. 29, pp. 27-29.

siempre para rescatar la identidad del yo, de ese alguien en peligro de naufragio en la multiplicidad de los instantes en que la vida fluye. Así se expresa en el primer volumen de su *Autobiografía*: "Yo no soy 'aquello', lo perecedero que formó parte de mí y ya nada tiene que ver conmigo. Soy *lo otro*. Pero ¡qué?"⁴.

A diferencia de otras autobiografías, donde la ficción se entrelaza con la realidad en una acción lúdica entre escritor y lector, la de Victoria Ocampo es un intento sincero por alcanzar el núcleo más íntimo de su persona: "Lo que intento escribir se parece a la confesión, porque pretende ser verídico (...) Estas páginas se parecen a la confesión en tanto que intentan explorar, descifrar el misterioso dibujo que traza una vida con la precisión de un electrocardiograma"⁵. Y así explica el motivo que la decidió a narrar su propia vida: "Yo no trato de hacer una obra de arte o una novela contando esta vida que me atormentará con sus enigmas hasta mi último suspiro. Trato de liberarme. Aquí la palabra liberación es sinónima de alumbramiento. Nacer de mí misma"⁶. En su interior encuentra "un tironeo de cosas" que la "descuartizan". Dos fuerzas contrarias e irreconciliables: "la inteligencia y el corazón".

Todo parece indicar que el conflicto que trató de descifrar permaneció sin resolverse. Intentar adentrarnos en él, puede arrojar algo de luz sobre procesos interiores semejantes que padece la persona contemporánea. En la *Autobiografía* de Ocampo se podría hablar de un doble nivel de discurso personal. Por un lado, existe una narración donde predomina una fuerte línea

³ Ocampo, Victoria. *Testimonios. Tercera serie, 1938-1944*. Buenos Aires, Sur, 1946, p. 22.

⁴ Ocampo, Victoria. *Autobiografía I. El archipiélago*. Buenos Aires, Ediciones Revista Sur, 1979.

⁵ *Ibidem*, p. 59.

⁶ Ocampo, Victoria. *Autobiografía VI, Sur y Cía.*, Buenos Aires, Ediciones Revista Sur, 1984, p.13.

argumentativa que enlaza los acontecimientos seleccionados hacia con una explicación del porqué del destino de una vida. Los sucesos parecen piezas de un reloj que engranan en un mecanismo preciso. Un hecho parece ser la causa del siguiente. Sin embargo, al final, el resultado no explica o no explica satisfactoriamente, una inquietud que no cesa.

En una segunda dimensión, se analiza de los sentimientos que los sucesos narrados provocan en ella, y de cómo éstos fueron el origen de determinadas elecciones de vida. Existe un intento por dominarlos a través de un proceso de *racionalización* de los sucesos protagonizados. Es decir, la elaboración del mundo afectivo pretendería dominar la inquietud interior.

Ocampo sostiene como núcleo de su conflicto una dualidad irreconciliable de la inteligencia y el corazón que, se equipara claramente a la doble dimensión que se observa en el análisis de su discurso. Aún así, tampoco el discurso arroja demasiada luz sobre una mayor clarificación de sí misma al nivel de sus aspiraciones.

La causa de que no haya logrado una interrelación armónica entre sus potencias espirituales parecería estar en su actitud más profunda hacia la verdad. Con frecuencia en su obra aparece la fuerte voluntad de dar a sus escritos categoría de documentos, con un deseo de autenticidad y sinceridad sostenidos hasta el final de sus páginas. Esta actitud responsable frente a la verdad, sin embargo, se manifiesta conjuntamente con una cierta dosis de *superficialidad* con relación a ella, cuyo efecto vital fue la inquietud y la insatisfacción. Hay afirmaciones reveladoras al respecto. Cuando lee *Diario de viaje* del Conde de Keyserling, confiesa que su lectura la "arrojaba en

interminables discusiones interiores"⁷. El libro le planteaba interrogantes existenciales: ¿en qué consiste la perfección? ¿Dónde es más importante buscarla: en el ser, en la propia vida, o en la obra que un ser es capaz de producir? La inquietud de coherencia entre verdad y vida fue permanente en Ocampo: "Lo que me aflige, tanto en él como en mí [Keyserling], es la capacidad de captar una verdad de primera magnitud, junto a la incapacidad de valerse plenamente de ella, de vivirla. Es decir, comprender una verdad espiritual de la que no se es digno todavía, ya que uno está por debajo de su realización. Como si existieran en nosotros grados de madurez diferentes en cada zona de nuestro ser y que la madurez manifiesta, deslumbrante, de una de esas zonas, no entraña forzosamente la de las otras"⁸. Su acción es intentar vivir según la verdad. Su drama no lograr acomodar la vida a la verdad.

La vida de Victoria Ocampo hubiera sido distinta si, como la misma autora refiere, no hubiera puesto en entredicho lo que experimentaba en etapas cruciales: "Yo hubiera querido bramar la verdad. Mentí. Dije que escribía por escribir (...) cosa que no era del todo falsa (...) No mentí pues del todo (...) Mentí, por consiguiente, *de la peor manera*: al borde de la verdad y utilizándola como coartada"⁹. Y antes de casarse valora de esta forma el haber mentido: De ahí arranca, creo, mi error (...) Mentí, en cierta forma, actitud que siempre he despreciado. No puede pasarle nada verdaderamente grave a quien no miente y catástrofes al que utiliza esa arma de dos filos"¹⁰.

El conflicto queda irresuelto al no profundizarse la búsqueda de la verdad, atándose a soluciones insustanciales, pese a la honda necesidad de

⁷ Ocampo, Victoria. *Autobiografía IV. Viraje*. Buenos Aires, Ediciones Revistas Sur, 1982, p. 126.

⁸ *Ibidem*, p. 124.

⁹ *Autobiografía III, La rama de Salzburgo*. Buenos Aires, Ediciones Revista Sur, 1981, p. 54.

¹⁰ *Autobiografía II, Imperio insular*. Buenos Aires, Ediciones Revista Sur, 1981, 170-171.

conocimiento que la animaba. Con su voluntad de ser honesta, auténtica, sincera, Ocampo se pone frente a la verdad. Pero en los momentos cruciales y decisivos, quizás llevada por una incapacidad de sacrificio, asume una actitud de superficialidad trágica ante la verdad. Cae pues, a nuestro entender, en un juego, de acercamientos y distancias con la verdad, que configura un modo de relación que no llega al compromiso pleno cuando se trata de ponerse ante el espejo de sus dimensiones más íntimas.

Hay un texto que, en nuestra opinión, es de los más reveladores de Ocampo sobre la cuestión que nos convoca. Es aquel en que, al trazar una biografía interior de Thomas Edward Lawrence, realiza su propio autorretrato. Allí la interioridad es percibida como un núcleo íntimo infranqueable a los demás: "El centro nos sigue, nos persigue, sea cual fuere la dirección de nuestros pasos. No podemos evadirnos. El centro está siempre donde estamos (...) Nosotros mismos somos el centro (...) Nuestro ir y venir se siente anulado, porque el centro se desplaza con nosotros y el horizonte permanece, por consiguiente, a la misma distancia. Nos circunda y se ofrece a nosotros por todos lados, dócil y sin obstáculos aparentes. Se ofrece a nosotros para desesperarnos con su lejanía. Sin embargo, marchamos siempre hacia él, sabiéndolo fuera de nuestro alcance (...) Condenados a ese centro, en nosotros, que nos inmoviliza sin matar nuestro ímpetu (...) La inmensidad nos cerca de un vacío lleno de partidas. Nada nos oculta; ni siquiera ese horizonte azul que pone en la tierra infranqueable su anillo de cielo. Y nosotros siempre en el centro, libres de recorrer a nuestro antojo esa extensión con su marea creciente de soledad. Libres. Pero ¿libres para qué? ¹¹.

¹¹ Ocampo, Victoria. 338.171 T.E., Buenos Aires, Sur, 1942.

El texto refleja un yo que se presenta como inasible. La distancia a pesar del esfuerzo de indagación, provoca desesperación, porque parece estar siempre fuera de su alcance. El centro ofrece una amplia posibilidad: desde allí se puede ir en cualquier dirección, con infinitas posibilidades "libres de recorrer a nuestro antojo esa extensión". Sin embargo, se está condenado a ese centro, que además inmoviliza y donde se experimenta paradójicamente una gran libertad acompañada de una marea creciente de soledad: es una libertad sin sentido: una libertad que no alcanza a comprender los para qué. Surge pues una extraña experiencia de incertidumbre, en la que la experiencia de que tener o conquistar la libertad no es suficiente. Es preciso poseer libertad en el pleno sentido de la misma.

La experiencia parece clara. En el centro de la propia intimidad la persona es capaz de descubrir su mayor riqueza: la libertad y la posibilidad de experimentarla, y practicarla. Pero este ejercicio requiere un norte que la oriente y permita el despliegue de todas las potencialidades del alma humana: la verdad. Verdad y libertad se corresponden. La verdad otorga el sentido de la libertad. Ejercer la libertad en consonancia con la verdad tiene como efecto la paz interior y la serenidad de espíritu. Desplegar la libertad al margen de la verdad encierra a la persona en laberintos sin salida y en dramas humanos sin respuesta.

María Cristina Viñuela
Dra. en Letras y Dra. en Teología
Universidad Austral
Coordinadora del Area de Humanidades
Cvinuela@cas.austral.edu.ar
mcvinuela@hotmail.com

